

mero considerable, lo cual proporcionaba á los coaligados la ocasion de decir que hacian los prisioneros á millares. Cañones abandonados por falta de caballos y merodeadores capturados en las aldeas les suministraban trofeos imaginarios, mucho mas perjudiciales para nosotros que gloriosos para ellos. Necesitóse toda la noche del 21 y el dia 22 para hacer que desfilase esta masa de hombres armados y desarmados por los dos puentes de Freyburgo. Se logró no obstante, por virtud de la enérgica resistencia que el mariscal Oudinot opuso junto á las márgenes del Unstrutt á los prusianos del cuerpo de York. Desde Leipsick habia protegido este mariscal la retirada con dos divisiones de la Joven Guardia, mientras Mortier con las otras dos y Bertrand con el 4.º cuerpo tenian á cargo despejar el camino. Oudinot perdió algunos centenares de hombres en tan tenaz lucha, pero mató muchos mas al cuerpo prusiano, y no abandonó aquel puesto hasta que el ejército hubo desfilado del todo. En esto el general Bertrand, llegado á Kosen en tiempo oportuno para tomar la delantera á Giulay, dióle un violento combate, con la espalda vuelta á Awerstaedt y el frente hácia el Saale. Durante un dia entero fué acometido por los austriacos, y repeliólos siempre con la bizarra division de Guilleminet, precipitándolos desde las cumbres de Kosen á las hondas gargantas del citado rio. Cuando Bertrand supo que Oudinot habia evacuado á Freyburgo, y que habian desfilado sobre Erfurt todas nuestras columnas, abandonó su puesto, receloso de que el enemigo se le adelantara, y le cortase del resto del ejército, yendo á pasar el Saale por Jena. En diversas aldeas entre Apolda, Butteltstet y Weimar,

se acampó el 22 por la noche. A otro dia todo el ejército fué á las cercanías de Erfurt, batiendo la caballería en rededor la campaña, para protegerle contra los cosacos.

Ayudado Napoleon en la plaza de Erfurt, que contenia grandes recursos, quiso dar al ejército dos ó tres dias de descanso. Tenia extrema necesidad de esto, ya para reponerle, ya para ordenar algo sus filas. En Erfurt existian muchos destacamentos procedentes de batallones y escuadrones en marcha, y habia abundancia de vestuario, de zapatos y de municiones de boca y guerra. Se distribuyeron entre los diversos cuerpos los destacamentos que se hallaban en Erfurt, y á quienes habia impedido dirigirse al Elba la dificultad de las comunicaciones. Reducido el cuerpo de Augereau á la sola division de Semelé y á mil seiscientos infantes, en vez de ocho mil que contaba la víspera de la batalla de Leipsick, fué elevado á cuatro mil por este medio, y debió marchar con la division de Durutte, única reliquia del 7.º cuerpo. No ganaron los demás en proporcion semejante, como que á lo sumo el depósito de Erfurt ascenderia á nueve ó diez mil hombres. Se repartieron los vestuarios, los zapatos, los comestibles, reparáronse de nuevo los parques de artillería, y con el cebo de las distribuciones procuróse que los merodeadores empuñaran otra vez los fusiles. Bajo este aspecto no fué el éxito grande, á causa de que protegido por la estación el vicio del merodeo, y tambien por el tiempo desahogado y por la edad de nuestros soldados, ya habia cundido mucho.

Napoleon se aprovechó de estos dos dias de holgura para escribir á Paris, y comuni-car su situa-

ción á los miembros principales de su gobierno. Aun paliando sus reveses, y buscando causas imaginarias para explicarlos, no disimulaba las necesidades, y reclamaba, además de los doscientos ochenta mil hombres ya pedidos, nuevos alistamientos, si bien de hombres ya formados y sacados de las conscripciones atrasadas. «No puedo, decia, defender á Francia con niños.... *Nada iguala á la bravura de nuestra juventud, pero al primer suceso dudoso acredita el carácter de su edad.*»—in duda hablaba Napoleon con fundamento, pero hombres ya formados, que llevaran tan escaso tiempo en las filas, y á quienes por estreno se sujetara á pruebas de esta especie, no las soportaran mucho mejor de seguro, y solo suministrarán menos enfermos á los hospitales.

Al modo que pedia *hombres y no niños* demandaba tributos; esto es dinero, y no queria papel bien ó mal hipotecado sobre posesiones del Estado. Quinientos millones de francos exigia por medio de céntimos de guerra cargados á todas las contribuciones directas é indirectas. En el punto á que eran llegadas las cosas, nada mejor que lo que proponia.

A las impresiones dolorosas del momento se vino á añadir la partida de Murat. Aun censurando Napoleon la ligereza de su cuñado, admiraba su heroica bravura, su golpe de vista sobre el terreno, y además era sensible á la exceléncia de su corazon. Sabia cuanto habia pasado en el alma de Murat mejor que Murat mismo: sabia todos los conflictos de que habia sido víctima el infortunado rey de Nápoles entre el deseo de conservar su corona y el de ser fiel á su protector. Para partir á egaba Murat la necesidad de defender la Italia ancuaza-

da, la esperanza de suministrar al príncipe Eugenio treinta mil napolitanos bien organizados, y por último la utilidad de proporecionar á los ejércitos francés é italiano, colocándose á su cabeza, un caudillo muy de otra manera experimentado que el príncipe Eugenio. Napoleon admitia todas estas razones, como tambien admitia que, si continuaban los reveses, se pudiera efectuar que el rey de Nápoles cediera al general impulso, é imitara á aquellos príncipes alemanes aliados nuestros, que despues de ser colmados por nosotros durante diez años de las riquezas de la Iglesia alemana, se suponian victimas de la Francia. Pero Napoleon, á pesar de que aun se forjaba algunas ilusiones, á pesar de las postreras mentiras de los que le llenaban de lisonjas, conocia en lo íntimo de su corazon que habia abusado de las cosas y de los hombres. Sabiendo hacerse justicia, se la hacia tambien á los otros, y previendo la proxima defeccion de Murat se la perdonaba por decirlo así de antemano. Al despedirle y al recibir sus protestas de fidelidad como sinceras hasta lo sumo, le abrazó muchas veces y con el corazon oprimido en cierto modo. Efectivamente se le figuraba que ya no tornaria á ver á este antiguo compañero de armas de Italia y de Egipto. ¡Ah, si la prosperidad ciega, por el contrario la adversidad proporeciona en determinados momentos una extraordinaria perspicacia, cual si la Providencia remuneradora rasgara todos los velos de lo porvenir para poner colmo al castigo! Napoleon despidióse pues de Murat como si supiera que no le veria ya nunca; y Murat partió con sentimiento del ejército entero, porque en esta campaña de otoño se habia mostrado tan hábil como

bizarro, y á pesar de las ligerezas de detalle en que incurria á menudo, habia prestado inmortales servicios á nuestras armas.

Entretanto convenia levantar el campo, como que las tropas de los coaligados avanzaban por todas partes, y además se anunciaba la presencia de un nuevo enemigo á nuestras espaldas, pronto á cerrarnos el camino de Francia. Este enemigo no era otro que el ejército bávaro, nuestro compañero durante muchos años, y ansioso de hacerse perdonar de su larga alianza con nosotros, mediante una defeccion que se aproximara lo mas posible á la de Bernadotte y á la de los sajones. Napoleon acababa de saber no solamente la defeccion de Baviera, que habia conocido en globo al llegar á Leipsick, sino tambien la manera de ser fraguada. Vease lo acontecido en Munich durante esta segunda parte de la campaña de Sajonia.

Débil el monarca y muy adicto á Napoleon que le habia colmado de bienes, apoyado por un ministro agudo y ambicioso, que habia buscado su engrandecimiento personal y el de su país en la alianza de Francia, se hallaba contrariado en esta política por su esposa, princesa vana, tenaz, hermana de la emperatriz de Rusia y de la difunta reina de Suecia, participando de las pasiones de la difunta reina de Prusia, y teniendo tambien algo de su belleza. Igualmente se hallaba contrariado por su hijo, príncipe mas amante de las artes que de la guerra, á quien Napoleon tuvo á su servicio y trató duramente. Dentro de palacio ponía en juego su oposicion la reina. Retirado á Inspruck el hijo del monarca fomentaba personalmente el espíritu insurreccional de los tiroleses contra Baviera.

Mientras Francia apareció victoriosa rióse el soberano de los humos aristocráticos de su esposa y de su hijo, dejándoles decir á uno y á otro, y tomando lo que Napoleon le daba al término de cada guerra, como bueno de tomar ante todo y tambien como bueno de presentar á los detractores de su política para cerrarles la boca. Despues de lo acontecido en Moscu, la duda suscitada sobre el poderio de Napoleon, el grito de las poblaciones, la noticia de las pérdidas sufridas por los bávaros, las sugerencias del Austria y el contagio del espíritu germánico quebrantaron al monarca, á quien las victorias de Lutzen y Bautzen reanimaron por un momento. Pero la vuelta á las hostilidades, el carácter cada vez mas triste de los sucesos, las pérdidas recientes del cuerpo bávaro en la batalla de Dennewitz, comunicadas á Munich y allí exageradas, los esfuerzos de las tres córtes de Austria, de Prusia y de Rusia, pusieron mas que nunca en cuestion la fidelidad de Baviera respecto de Francia. Sobre todo contribuyó á hacer esta situacion critica por extremo la llegada á Munich de un nuevo personaje. El general de Wrede, carácter bullicioso y sin consistencia, oficial bizarro, si bien de escaso juicio, lleno de excesivo amor propio, habia tornado á su patria ofendido hasta lo sumo por los desdenes del mariscal Saint-Cir, á cuyas ordenes habia servido durante la campaña del Dwina. Trayendo á Munich todas sus desazones y poniéndolas imprudentemente de manifiesto, se habia vuelto no obstante á aproximar á nosotros despues de Lutzen y Bautzen á semejanza de su soberano, revelándonos personalmente el secreto de la defeccion medio consumada de la córte de Baviera, á fin de que Na-

napoleon le volviera á admitir en su gracia. Conociendo Mr. de Argenteau la necesidad de captarnos su afecto, pidió que se le condecorara con el gran cordon de la Legion de Honor, vacante por la muerte del respetable general Des Roys, y Napoleon que ya habia dado al general de Wrede titulos y riquezas, no creyó que debia añadir la distincion pedida ahora. Nuevamente descontento el general de Wrede de resultas, quedóse en Baviera y adquirió de pronto una gran importancia obteniendo el mando del ejército bávaro situado sobre el Inn y enfrente del ejército austriaco del príncipe de Reuss. Si Augereau llegara á juntársele sin duda, y Mr. de Argenteau insistió mucho á fin de que se tomara esta precaucion como necesaria. Pero Napoleon tenia que ocupar á Augereau en otro punto, y no estando los bávaros apoyados ni contenidos cedieron muy luego al sentimiento comun á todos los alemanes. En lugar de hacer cara al príncipe de Reuss, entró el general de Wrede en parlamentos con este caudillo. A nombre de la coalicion prometieron los austriacos al general de Wrede el mando de los dos ejércitos bávaro y austriacos reunidos sobre el Inn, y al monarca la conservacion de sus Estados, salvo un equivalente así en poblacion como en renta por lo tocante al Tirol y á las márgenes del Inn, provincias que se proponian recuperar en la lucha ó las negociaciones. Comprendiendo el mismo Mr. de Mongelas que no se podia mantener en su puesto, si no cambiaba de politica sin demora, acogió las proposiciones de las potencias coaligadas, con la esperanza de que, conservando su engrandecimiento la Baviera, tambien

conservaria el de su persona. Solo que habia cambiado, no como cambia la fuerza, que es lo que Mr. de Metternich puso por obra, sino como cambia la debilidad, y adhirióse á la coalicion sin avisarnoslo siquiera. Nos abandonó protestando de su fidelidad de continuo. Teniendo el rey en contra á su esposa, á su hijo, á su pueblo, á su ministro, al general de sus tropas, no era de carácter propio á resistir á tantos contradictores, y cuando llegaron á decirle que conservaria sus Estados, y sobre todo cuando le añadieron que si desechara las propuestas tendria que abandonar su capital como en 1805 delante de un ejército austriaco, para irse á echar en los brazos de Napoleon, no ya victorioso sino vencido, no anduvo en vacilaciones, y firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la coalicion el 8 de octubre. Extraordinarias demostraciones de regocijo produjo esta noticia en toda Baviera, demostraciones que le confirmaron en la resolucion tomada.

Nada era impulsado por causas mas irresistibles que este cambio, pero al menos el decoro exigia que Baviera, á la cual habiamos dotado ricamente, al abandonarnos por su seguridad, dejara por su honor á otros el cuidado de destruirnos. No fué así de ningun modo; antes bien el gobierno bávaro por volver á entrar en la gracia de los soberanos coaligados, y el general de Wrede por ganarse el baston de mariscal, llevaron el ejército austro-bávaro del Inn al alto Danubio, y del Danubio al Main á toda prisa. Este ejército, compuesto por mitad de austriacos y de bávaros y fuerte de sesenta mil hombres, marchó con celeridad tanta, que ya corria la voz de que estaba en Wurzburg,

y pronto á cortar hácia los alrededores de Francfort el camino de Maguncia.

Ante esta noticia, sonrióse Napoleon de desprecio, bien que conoció el error de su política respecto de Alemania, política que en lugar de limitarle á dar algun apoyo á los Estados secundarios, se habia extendido hasta el extremo de quererlos convertir en súbditos de Francia. Urgente le pareció, pues, dejar á Erfurt para tomar el camino de Maguncia. No le asustaba el ejército austro-bávaro ni por asomo, pero teniendo detrás de sí á doscientos mil hombres, debia contar con extrema exactitud los dias y las horas.

Después de permanecer en Erfurt tres dias, salió para Estenach con el fin de cruzar antes que los coaligados los desfiladeros de la selva de Turingia. El general Sebastiani con el 2.º cuerpo de caballería, y el general Lefévre-Desnoette con la caballería ligera de la Guardia y el 5.º de caballería formaban la vanguardia, y cubrian los flancos del ejército batiendo la campaña á derecha é izquierda. Con las reliquias de los cuerpos 2.º y 11.º les seguian Victor y Macdonald, y detrás marchaban Marmont, que reunia los restos de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º bajo su mando, y Durutte y Semelé que guiaban sus divisiones, únicas reliquias de los cuerpos 7.º y 16.º Teniendo Napoleon bajo su mano la Vieja Guardia, el primer cuerpo de caballería, y la gruesa caballería de la Guardia, formaba el núcleo principal de la hueste. Oudinot y Mortier con las cuatro divisiones de la Joven Guardia, Bertrand con el 4.º cuerpo aumentado por la division de Guilleminot y el 4.º de caballería, componian la retaguardia. No subia el total de estas

tropas á mas de sesenta mil hombres con fusil al hombro, tanto se habia propagado de Leipsick á Erfurt la desbandada. Además iban treinta ó cuarenta mil hombres sin armas, siempre entre los cuerpos organizados, molestándolos en la pelea y devorando sus viveres en el bivaque.

Tras de pasar en Leipsick dos ó tres dias los ejércitos coaligados, empleándolos ora en ostentar el triunfo, ora en reponerse de tan ruda lucha, fueron distribuidos de nuevo modo, y se encaminaron seguidamente á su ulterior destino. Enviado fué con su cuerpo de tropas el general Klenau sobre Dresde, á procurar la rendicion de esta plaza y de las tropas francesas que habia dentro. Ya destacado el general Tauenzien del ejército del Norte, tuvo á cargo porfiar en la rendicion de Torgau y Wittenberg; y despachóse al general Benningsen con el ejército llamado de Polonia sobre Magdeburgo y Hamburgo, á fin de bloquear estas plazas, y de conquistarlas si era posible. Dirigido fué el ejército del Norte sobre Cassel, para llevar á remate la destruccion de la monarquia del rey Gerónimo, sino estaba ya consumada. De seguida debia revolver sobre Westfalia, Hannover y Holanda. Finalmente, Blucher y el principe de Schwarzenberg se lanzaron á perseguir á Napoleon con unos ciento sesenta mil hombres, estrechándole de cerca á impulsos de la esperanza de cogerle entre dos fuegos, debiéndole atacar de Wrede por la cabeza, mientras ellos le acometian por la cola. Elevado Blucher á la dignidad de mariscal por su soberano, y habiendo merecido las recompensas de la coalicion mas que otro alguno, fué encaminado sobre Eisenach para dirigirse desde este punto, no á

Francfort, sino á Wetzlar, con el objeto de impedir que cortado Napoleon del camino de Maguncia, se lanzara al de Coblentza. Dividido en dos el ejército de Bohemia, debía marchar parte por Eisenach, Fulda y Francfort sobre Maguncia, y parte por Gotha, Schmalkalden y Schweinfurt sobre Wurtzburgo. Por un cálculo fácil de adivinar enviaba el principe de Schwarzenberg sobre Francfort á los austriacos, al par que sobre Wurtzburgo á los prusianos y á los rusos. Aun cuando el emperador Francisco y su ministro hubiesen renunciado á la corona imperial germánica muy cuerdamente, bajo una forma cualquiera aspiraban á la supremacia en Alemania, y su presencia en Francfort, ciudad de la eleccion imperial, podia hacer que alli estallaran manifestaciones provechosas, de que se valdrian para recuperar algo de su dominacion antigua, ó para conseguir que resaltara su desinterés.

Hecha así la distribución de fuerzas, cada cual siguió al ejército de los franceses. Con efecto, Sebastiani y Lefebvre Desnoette hallaron en los alrededores de Eisenach á porcion de cosacos y de corredores de todas clases, tanto á pié como á caballo, y los dispersaron á todos, obligándolos á esconderse en la selva de Turingia. Sin gran dificultad desfiló por alli el ejército durante los dias 26 y 27 de octubre: con todo, la retaguardia de Oudinot y de Mortier, compuesta de la Jóven Guardia, vióse acometida por el impetuoso Blucher, á quien resistió briosamente. De una y otra parte se perdieron mil hombres; pero el enemigo cogió numerosos rezagados, que en sus boletines, mucho mas inexactos que los nuestros, presentaba como prisioneros hechos sobre el campo de batalla.

Napoleon pernoctó el 26 en Vach, mas allá de los desfiladeros de Turingia, el 27 en Hunfeld, y el 28 en Schluchtern. Una vez llegados á la vertiente de la selva de Turingia que da cara al Rhin, fuimos perseguidos con menos viveza porque Blucher torció á la derecha para encaminarse por Wetzlar al citado rio, y porque los prusianos y los rusos tiraron á la izquierda para dirigirse á Wurtzburgo. Desde entonces no habia de consiguiente detras de nuestras huellas mas que los austriacos, contenidos por Mortier, Oudinot y Bertrand vigorosamente. Sobre todo habia que lidiar contra los cosacos y en general contra toda la caballeria enemiga, que, cogiendo á los rezagados, nos causaba todo el daño que podia hacernos. Desgraciadamente este daño era enorme, pues la rapidez de las marchas y la dificultad de las subsistencias hacian salir de las filas á los soldados á millares. Por ejemplo, la division de Semelé, que despues de reorganizada en Erfurt, contaba cerca de cuatro mil hombres, se hallaba reducida á mil ochocientos mas allá de las montañas de Turingia. Tocadas las divisiones de la Jóven Guardia de igual contagio vinieron á parar cada una desde Leipsick de tres á dos mil hombres. Los enfermos y los heridos, que al principio formaban la poblacion flotante y desarmada, habian muerto por los caminos de fatiga ó bajo la lanza de los cosacos. Reemplazados estabau por los hambrientos, por los disgustados del servicio y por los malos, cuyo número crecia á vista de ojo. Afortunadamente el frio no era el de Rusia y se hallaba cerca Maguncia, porque los soldados de 1813, muy inferiores á los de 1812, no sostuvieran las mismas pruebas de seguro.

Desde el 27 de octubre se supo en Schületern la presencia del general de Wrede en Wurtzburgo, ocupado en cañonear esta plaza, que el general Thareau rehusaba rendirle. Solo tenia que dar el general de Wrede un paso para cortar el camino de Hanau á Maguncia. Se hizo partir á cuantos rezagados y equipages se pudieron juntar con una vanguardia, á fin de quitarse de encima lo mas embarazoso. Ya algunas tropas ligeras del ejército bávaro habian llegado hasta Hanau, pequeña plaza medio fortificada en la confluencia del Kinzig y del Main, que domina con su cañon el camino real de Maguncia. Estas vanguardias bávaras no eran bastante fuertes para interceptar el camino, y además el general Preval, enviado por el duque de Valmy al encuentro del grande ejército, acababa de llegar á Francfort con cuatro ó cinco mil hombres. Este habia tomado posicion entre Francfort y Hanau sobre el Nidda, á fin de que el enemigo no pudiera oponernos el obstáculo de este rio é impedir que el grande ejército pasara. Merced á esta precaucion, ya traspuesta Hanau, nuestros soldados desbandados encontraban una fuerza que los recogiera y los amparara hasta Maguncia. Diversos destacamentos destilaron el 27 y al 28 de octubre, obligando á refugiarse á Hanau á las tropas ligeras del enemigo, y salvando siempre á algunos miles de aspeados, de enfermos ó de vagabundos. De quin-ce á diez y ocho mil pasaron de este modo; pero el dia 29 hallóse completamente cerrado el camino, porque, desesperando el general de Wrede de vencer la resistencia del general Thareau, dejó un simple destacamento para bloquear á Wurtzburgo, y trasladóse á Hanau con sesenta mil hombres, mitad

bávaros y mitad austriacos. Llegado á este punto destacó una division sobre Francfort, y situóse con el grueso de sus fuerzas delante de Hanau, en la selva de Lamboy, que atraviesa la gran calzada.

Habiendo venido Napoleon el 29 á pernoctar en Langen-ebold, supo que la cabeza del ejército estaba arrollada sobre su tropa, y que los austro-bávaros pretendian obstruirle el camino del Rhin en número de cincuenta á sesenta mil hombres. Indignado de tal imprudencia, si bien no importándole nada, pues estaba resuelto á hacer sentir el peso de su indignacion al temerario que se le atravesara de por medio, determinó acelerar el paso el 30 de octubre, para abrirse calle en persona con su Vieja Guardia. No contaba con sus fuerzas numéricas, sino con el sentimiento de sus soldados, pues, aunque fueran diez mil tan solo, atropellaran al adversario, que, despues de ser por largo tiempo aliado suyo, se mostraba tan codicioso de su libertad y de su sangre. ¡Ah! ya no quedaban sobre las armas sino cuarenta ó cincuenta mil hombres, tanto cundiala desorganizacion despues de las posteriores marchas, y de estos cuarenta ó cincuenta mil hombres no podia Napoleon juntar el dia 30 mas de la tercera parte bajo su mano. No tenia en la vanguardia mas que á Sebastiani con los cuerpos 2.^o y 5.^o de caballeria, á Lefèvre-Desnoette con la caballeria ligera de la Guardia, lo cual sumaba cerca de cuatro mil caballos, á Macdonald y á Victor con cinco mil hombres de infanteria, á la Vieja Guardia, fuerte de cuatro mil granaderos y cazadores, á la gruesa caballeria de la Guardia, conservando de dos á tres mil ginetes montados, y por último, á la reserva de artilleria de Druot, en

totalidad de diez y seis á diez y siete mil hombres. Marmont, con los restos de los cuerpos 3.º, 5.º y 6.º, Semeló y Dorutte con sus divisiones, Mortier y Oudinot con la Joven Guardia, Bertrand con el 4.º cuerpo se hallaban detrás, y estos á dos jornadas. Sin embargo, Napoleon no vaciló en caer sobre el ejército bávaro para que se arrepintiera de su temeraria conducta. Importaba forzar el paso, para no consentir que se engrosara y fortaleciera el obstáculo que se alzaba delante de nosotros.

Partióse de Langen-Sebold y se marchó en direccion de Hanau el día 31 de octubre por la mañana.

A alguna distancia se encontró la division de vanguardia del general de Wrede, y la division de Lamotte, apostada en Ruckingen. De pronto fué acometida y arrollada sin grande esfuerzo. Se le siguió vivamente, y encontróse al ejército austrobávaro delante de la selva de Lamboy, por donde pasa el camino real de Maguncia. Véase cuáles fueron las disposiciones adoptadas por el general de Wrede.

Extendíase la selva de Lamboy de izquierda á derecha, desde el Kinzig hasta las montañas del pais de Darmstadt. Mas allá de la selva aparecia despejado el terreno, si bien se encontraba el obstáculo del Kinzig, riachuelo que va á desaguar en el Main y que envuelve antes á Hanau. Despues de cruzar el camino la espesura de la selva, desembocaba en un llano, tocaba en el Kinzig cerca del punto donde este rio se junto al Main, pasaba de seguida á la derecha bajo el cañon de Hanau, y por último continuaba hasta Francfort y Maguncia entre el Main y las montañas. Delante y sobre el lin-

de de la selva habia situado el general de Wrede sesenta bocas de fuego, bien servidas y bien apoyadas, habia llenado lo interior de la selva de una muchedumbre de tiradores, y alineado su ejército en la llanura del otro lado, con la espalda al Kinzig, la derecha en el puente de Lamboy sobre el mismo rio, y la izquierda delante de Hanau. Se habia cubierto por diez mil ginetes. De esta manera disponia de unos cincuenta y dos mil hombres, descontando los destacados sobre Francfort y los dejados en frente de Wurtzburgo. Los corredores de Thielmann y de Litchenstein se le habian incorporado.

Acudiendo Napoleon personalmente á la cabeza de su vanguardia, reconoció y juzgó las disposiciones del enemigo. No tenia á la mano más que la caballería de la vanguardia, y los cinco mil infantes de Macdonald y de Victor. Le seguia la Vieja Guardia.

A la derecha y á las órdenes del general Charpentier hizo que se alineara la infantería de Macdonald, y á la izquierda y á las órdenes del general Dubreton la de Victor, y prescribió á uno y á otro que desparramaran tiradores por los bosques. Con toda su caballería se mantuvo sobre el camino real y en presencia de la artillería bávara, basta que se le incorporó la artillería de la Guardia. Apenas dada la señal, nuestros diestros tiradores lanzados á la selva, con la audacia y la inteligencia que les distinguian, penetraron en su espesura. Rompiendo un multiplicado tiroteo de fusilería en medio de los bosques, muy pronto los iluminó con mil fuegos. Nuestros tiradores ganaron sucesivamente terreno sobre el flanco de las tropas que sos-

tenian la artillería contraria, y obligáronlas á desandar camino. Establecida convenientemente poco despues una porcion de nuestra artillería, cañoneó con viveza á la de los bávaros, ya privada del apoyo de su infantería, y la obligó á replegarse. De este modo se empujó á los bávaros á lo interior de la selva, y se cruzó detrás de ellos la mayor parte de la espesura, siempre disparando sobre sus flancos. Llegando entretanto la division de Curial perteneciente á la Vieja Guardia, Napoleon dirigió dos de sus batallones sobre la columna en retirada, y acabóla de lanzar de la selva al llano. Ya en el linde de los bosques, descubrió cincuenta mil hombres en batalla, con la espalda vuelta al Kinzig, apoyándose hácia un lado sobre el puente de Lamboy en frente de nuestra izquierda, y hácia otro sobre la ciudad de Hanau en frente de nuestra derecha. Delante se hallaba la excelente y numerosa caballería de los contrarios. Para desembocar en la llanura, aguardó Napoleon á que llegaran la artillería, así como la infantería y la caballería de la Vieja Guardia. Cuando los bávaros, que habian servido honrosamente en nuestras filas, y estaban muy al cabo de lo que valia la Guardia, la vieron aparecer en línea, se conmovieron hondamente, y sobre todo el general de Wrede, quien comprendió la falta que habia cometido, situándose delante de tales tropas con un río á la espalda. Creyó que el grande ejército llegaria tan acosado por los coaligados, que su tarea se reduciría á coger prisioneros.

Al ver Napoleon aquellas disposiciones, dijo con ironía.—¡Pobre de Wrede, le pude hacer conde, pero no generall—Al punto alineó ochenta bo-

cas de fuego de la Guardia el linde del bosque, extendió á la izquierda los granaderos de la division de Friant y á la derecha á la caballería de Sebastiani, de Lefèvre-Desnoette y de Nansouty.

Despues de algunos instantes de un violento cañoneo, maniobró primero por su derecha, y lanzó toda su caballería sobre la del general de Wrede. Nuestros granaderos y nuestros cazadores de á caballo de la Guardia ardian en impaciencia por hollar con sus pies á los infieles aliados, que les acababan de obstruir imprudentemente el camino de Francia. De un solo choque fueron repelidos los escuadrones bávaros sobre los escuadrones austriacos. Estos cargaron á su turno, pero la exasperacion de nuestra caballería habia llegado á colmo, y derribó cuanto se le puso por delante, y arrolló sobre el Kinzig y sobre Hanau la izquierda del ejército austro-bávaro. Hácia el centro las olas de la caballería contraria, en las idas y venidas de tan repetidas cargas, se llegaron á lanzar un instante sobre las ochenta bocas de fuego de la Guardia. Drouot hizo que se apretaran sus piezas unas contra otras, y colocando delante á sus artilleros con las carabinas, detuvo á los escuadrones enemigos, y al replegarse los acribilló de metralla. Ya estaba á salvo, cuando nuestra infantería acudió en su socorro.

Acorralado el general de Wrede sobre el Kinzig, no vió otro recurso que el de llevar su ejército hácia la derecha sobre el puente de Lamboy, para volver á pasar el río. Con el fin de proteger este movimiento y de lograr el espacio que le hacia falta, intentó un ataque sobre nuestra izquierda; pero cabalmente los granaderos de Friant se hallaban á